

EN TONTILANDIA

Por P.

Si el tontilandés escribe poco y mal, no es por falta de alicientes.

Hay consenso unánime—la idea ha partido, naturalmente de los escritores—en cuanto a que el literato debe vivir sin trabajar. Cualquiera manifestación en contrario, verbigracia traducir algún libro, emplearse en un periódico, llevar a la escena un drama que tenga éxito o publicar una novela que produzca algunos pesos a su autor, es considerada por los literatos puros, que son los verdaderos escritores, como muestra inequívoca de incompetencia y de espíritu burgués. El Gobierno ha tomado tan a lo serio la cuestión que ha establecido reparaciones especiales, verdaderos hospicios de publicistas, anexos a la beneficencia pública, para dar a éstos el sustento que les niegan los lectores.

Hay interés público en que no se agote la raza de los hombres de letras, porque, ya que en Tontilandia no hay inteligentes, que, por lo menos, haya intelectuales.

Cuando en alguno de estos asilos oficiales, aparece por casualidad cualquiera que realmente escriba, y debido a esta pésima costumbre, gose de cierto renombre, es expulsado sin conmiseración para dejar el sitio a otro que esté más expuesto a perecer de inanición.

Tal concepto de la asistencia social, que parecería absurdo a un individualista, es sumamente conveniente porque mantiene al literato, alejándolo de otras actividades y le evita que escriba, cosas ambas que redundan en beneficio público.

Pero donde el espíritu tontilandés de previsión contra el fracaso literario adquiere caracteres imponentes, es en los certámenes literarios.

No excitan estos torneos la misma curiosidad que en otras partes, donde tales competencias reservan novedades y sorpresas.

En Tontilandia, los escritores son tan pocos que apenas alcanzan para constituir los diversos jurados, y lógicamente algunos premios tienen por fuerza que caer en algunos de sus miembros.

Saber quiénes son los organizadores, es casi saber quiénes son los premiados.

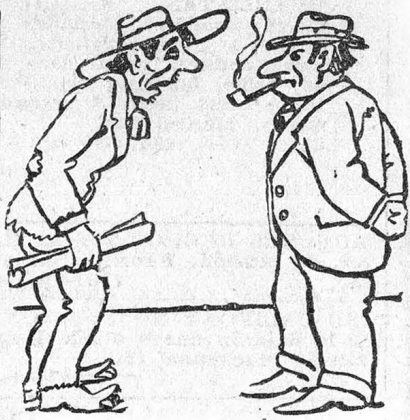
Sólo por casualidad en la lista de éstos suele figurar el nombre de algún difunto célebre, barajado con el de algún poeta épico a quien recompensa por su labor como dramaturgo, o el de algún historiador a quien se le distingue por su obra lírica. Semejante falta de novedad en los agraciados queda de sobra compensada con la forma original de distribuir las recompensas.

Salvo ciertos premios, caídos por distracción de los jurados, en algunos escritores o escritoras de indiscutible mérito, se nota que las medallas honoríficas descienden, arrastradas por la misma fuerza de cristiano altruismo que lleva la moneda a la alcancia en los días de colecta.

Nunca los sentimientos caritativos han obtenido triunfos más hermosos sobre la fría e inhumana severidad de la crítica, que en los certámenes de Tontilandia.

—¡Si San Vicente de Paul hubiera nacido aquí, habría sido jurado! —me decía lleno de emoción uno de los laureados.

Porque, éste es otro fenómeno curioso, los candidatos a cualquiera de los premios, conocedores del noble corazón de sus jueces, les abren el suyo, y lejos de evitar su conmiseración, se la provocan en toda



clase de detalles íntimos. En vez de libros, exhiben penas y en vez de poemas saldos insolutos.

Un comediógrafo no dice tengo tales y cuáles obras estrenadas, sino tengo tales o cuales cuentas por pagar.

Las confidencias son de partir el alma:

—Yo, compañero,—explica conmovido el escritor a cada uno de los miembros del jurado—espero sólo de usted mi salvación. Veinte años llevo dedicados a la literatura y ¿qué he sacado? Incomprensiones, injusticias, odios... Ninguna revista me recibe nada... Los burgueses de los diarios que solo atienden a dar gusto al público, huyen de mí como del diablo. Si llevo una obra al teatro me la silban, si presento un libro a un editor no hace más que lamentarse de lo que perdió con el que me editó la vez basada; los críticos se burlan de mis producciones... ¡No es vida, compañero! Y entretanto, soy padre de familia, y, como mi temperamento literario rechaza toda idea de trabajo, la miseria me consume. ¡Mire, usted, cómo tengo los zapatos!

—Y ¿qué obrita ha presentado?

—¿Para qué? No se fije en lo que escrito, fíjese solamente en los zapatos. Le aseguro que entre todos los concursantes no hay ninguno que necesite tanto del premio como yo.

El miembro del jurado, mira enternecido los zapatos del desdichado intelectual que, como dos perros hambrientos, abren sus fauces erizadas de estaquillas.

—Claro, claro, a usted hay que darle alguna recompensa; pero ¿y los demás aspirantes...?

—De los demás no se preocupe. Ellos escriben, ellos tienen fama, ellos pueden ganarse la vida con su pluma. Si usted tiene corazón no me puede dar el premio sino a mí...

—Se lo prometo, compañero,—exclama el inflexible juez, estrechando la mano del vencido. Nadie hay tan fracasado como usted. Cuente con la medalla de oro del concurso!

Al día siguiente, los tontilandeses se preguntan admirados cómo no conocían a este genio que durante cuatro lustros permanecía en el olvido, siendo una de las lumbreras literarias de la isla.

Nadie podrá negar, no obstante, que si los premios al fracaso no siempre se avienen bien con la justicia, se ajustan siempre a los dictados superiores del sentimiento y de la caridad. ¿Qué más pedir?